

que la guerra civil desgarrara la Francia y se les entregase. Dos hechos horribles que llegaron á noticia de la Asamblea uno detras de otro, á fines del mismo mes, podían aumentar aquellas esperanzas.

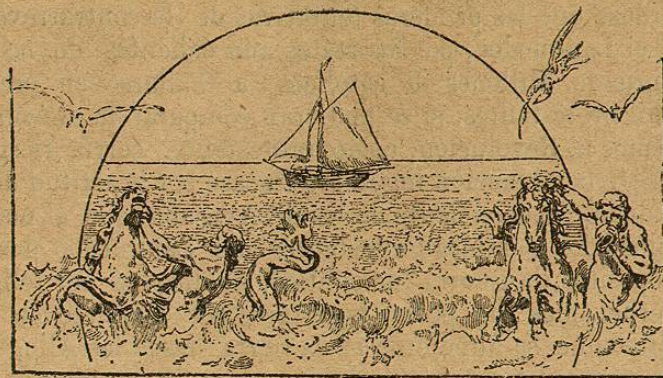
Vióse, por decirlo así, una espantosa columna de fuego que se elevaba sobre el Occéano. Santo Domingo estaba ardiendo.

Digno fruto de las tergiversaciones de la Constituyente, que en aquella cuestión terrible, flotando entre el derecho y la utilidad, parecía que sólo había enseñado la libertad á los desdichados negros para quitársela en seguida dejándoles únicamente la desesperación. Un mulato, un joven heroico, Ogé, diputado de los hombres de color en la Asamblea, que había llevado desde Francia los primeros decretos, los decretos libertadores, intimó al gobernador para que aplicase la ley. Perseguido y entregado por las autoridades de la parte española de Santo Domingo, fué bárbaramente enroddado vivo. Se produjo una especie de terror: los plantadores multiplicaron los suplicios. Una noche se sublevaron sesenta mil negros, y se entregaron á la matanza y al incendio, á la guerra de salvajes más espantosa que se había visto.

El otro suceso, menos grave materialmente, pero terrible, más cercano á nosotros, contagioso para el Mediodía, y que podía ser el principio de un vasto volcán, fué la tragedia de Avignon.

La contrarrevolución acababa de dar el golpe más audaz. El domingo (16 de Octubre del 91), hizo asesinar por el populacho, al pie del altar, á Lescuyer, jefe del partido francés contra los papistas. El crimen de aquel hombre, nada violento, y el más moderado de su partido, consistía en haber comenzado la venta de los bienes de los conventos y en haber pedido como magistrado el juramento cívico á los curas. Un milagro de la Virgen había incitado al pueblo á cometer aquel acto horrible. Los hombres le habían aplastado el vientre á palos. Las mujeres, para castigar sus blasfemias, le habían recortado á tijeretazos los labios *festoneándose*los. Los papistas se habían apoderado de las puertas de la ciudad. Pero el partido revolucionario se rehizo, y aquella misma noche vengó á Lescuyer dando muerte á sesenta personas que fueron degolladas en el palacio de los papas y arrojados al fondo de la torre de la Glaciere.

Vencida la contrarrevolución en Avignon, logró, sin embargo, con su impotente tentativa una gran ventaja, acabando con la paciencia del partido revolucionario, de suerte que ciego y furioso con aquellas horribles represalias, se hizo odioso.



CAPITULO XXV

Revolución de Avignon el 90 y 91.—Muerte de Lescuyer (10 de Octubre del 91).

Como el partido francés de Avignon, salvó el 90 al Mediodía.—Del derecho del papa.—El reinado de los curas.—Irritación de la burguesía.—Revolución del 11 de Junio del 90.—El partido francés castigado por el servicio que hizo á la Francia.—Avignon emprende, en nombre de Francia la conquista del Condado —Duprot, Rovere y Mamvielle —Su primera expedición á Carpentras, (Abril del 91), su fracaso —Asesinato de la Villasse, Abril del 91).—Segunda expedición á Carpentras —Jourdan cortacabezas —Francia envía mediadores (Mayo del 91) —Influencia que ejercieron sobre ellos las damas de Avignon — Es seducido el intermediario Mulot —Se ve obligado á huir de Avignon Agosto). El pueblo cansado de la Revolución —La Asamblea decreta la reunión (15 de Septiembre).—Mulot reanima al partido francés realista.—Los papistas cobran valor.—La virgen hace milagros.—Lescuyer es asesinado en la iglesia, (16 de Octubre del 91)

El fatal suceso de Avignon, aunque en apariencia fué local, ejerció sobre la revolución en general, una gran influencia como vamos á ver. Tenemos que detenernos aquí.

Avignon fué el punto donde al verse frente á frente, y violentamente contrapuestos el uno al otro, los dos principios, el viejo y el nuevo, mostraron lo horrible de una lucha furiosa. Reprodujo anticipadamente, y en pequeño, como en un espejo mágico, la imagen de las escenas sangrientas que iban á representarse en Francia. En aquel espejo se veían Setiembre, la Vendee y el Terror.

Y no tan solo Avignon en su reducido escenario mostró y produjo aquellos horrores, sino que lo más terrible fué que los autorizó de antemano, en cierto modo los aconsejó con su ejemplo, y dió, para una gran parte de los actos más barbaros, un modelo que el inepto crimen imitó servilmente. Avignon había copiado y lo fué á su vez. Ahora explicaremos esta generación del mal, su repugnante fecundidad.

Pero antes de referir los crímenes de aquel pueblo infortunado, que fueron en parte debidos á su situación, á la triste fatalidad de sus precedentes, justo es que digamos también todo lo que le debe la Francia.

Recuérdase que las primeras tentativas de la contrarrevolución se hicieron en el Languedoc, por los restos aun calientes de las antiguas guerras religiosas. Millones de católicos, al hallarse en presencia de unos cien mil protestantes, si se pudieran comparar la Revolución y el protestantismo, la Revolución, como protestante, corría riesgo de ser degollada. Esta combinación ingeniosa fracasó por la actitud de los católicos del Ródano, especialmente de los de Avignon, que al manifestarse tan revolucionarios como los protestantes del Languedoc desbarataron aquellos propósitos; la guerra fué política, no llegó á ser religiosa; fué violenta y cruel, más sin poder ingertarse por completo en las viejas raíces malditas que se hundieron en la tierra desde los Albigenses á la San Barthelemy, á los asesinatos de Cevennes. Si la epilepsia fanática, esa enfermedad eminentemente contagiosa, que en la guerra de Cevennes hirió á todo un pueblo, le hizo delirar y profetizar, si por desgracia hubiese renacido, hubiéramos presenciado un espectáculo extraño, horriblemente fantástico, como no nos le ofreció el mismo Terror.

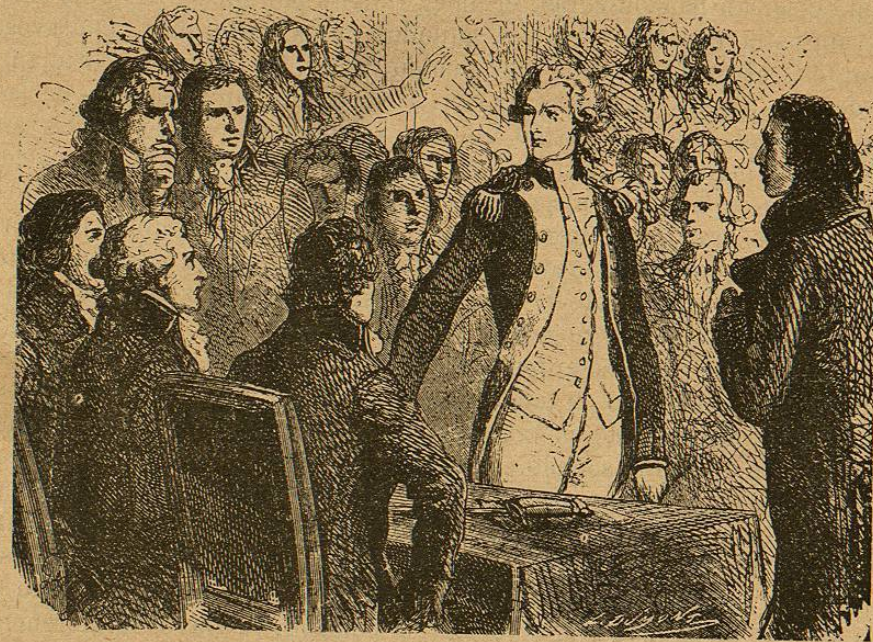
En dos palabras: la cuestión se embrollaba en el Languedoc con un elemento muy oscuro sumamente peligroso. La luz se hizo sobre el Ródano, luz terrible que sin embargo anunció el peligro.

El partido Francés de Avignón se hizo Francés, prescindiendo de Francia y á pesar de Francia. Contra su voluntad le prestó un señalado servicio. Tenía en contra suya generalmente á las autoridades realistas, fayettistas y constitucionales. Encontró en su seno todos los recursos, nació y vivió de sí mismo. Cruelmente rechazado y renegado por Francia, sin rebelarse se arrojó en los brazos de aquella madre, tan poco sensible que le rechazaba siempre. Sin embargo, la sirvió con una obstinada abnegación. ¿Qué hubiera sucedido en Junio en 1790 si el hombre de Nimes, Froment, que había sembrado por doquier un reguero de pólvora, que por Avignon y los Alpes se relacionaba con los emigrados, ¿qué hubiera sucedido si hubiera podido elegir el momento? Avignon no lo permitió. Encendida la contra mina estalló á lo largo del Ródano. Froment se vió precisado á obrar demasiado pronto é inoportunamente; todo el Mediodía se salvó.

El infortunado Lescuyer fué quien en aquel día memorable arrancó de los muros de Avignon los decretos pontificios. Lescuyer era francés de Picardía, exaltado y á pesar de ello reflexivo, más capaz de coordinar ideas que sus furiosos asociados. No era joven. Establecido hacía mucho tiempo en Avignon como notario, no tenía prejuicio alguno contra el gobierno pontificio; en cierta ocasión dedicó unos versos al legado (1774). Pero cuando conoció los horrores de aquel gobierno venal, la tiranía de los curas y de sus queridas, de los agentes italianos, que vendían á los deudores el derecho de no pagar, llegando hasta el extremo de comprometerse á publicar una disposición determinada para que en su virtud se fallase un proceso en el sentido que se conviniera, cuando vió la carencia absoluta de garantías, los procedimientos inquisitoriales,

el tormento y la estrapada, etc., entonces volvió los ojos á su patria, á Francia y deseó que llegase el día en que Francia libre libertara á Avignon.

El parlamento de Aix había recordado cien veces á nuestros reyes la nulidad del título de los papas. Aquel desgraciado país había sido no vendido, sino dado por Juana de Nápoles, siendo menor de edad, á cambio de la absolución de un asesinato que habían cometido sus amantes. Al llegar á su mayor edad reclamó contra la cesión y afirmó que había sido involuntaria, arrancada á su debilidad.



Dimisión de Lafayette (Pág. 721)

¿Qué importaba, por otra parte, esta antigua historia? Aunque le hubiera asistido el derecho al papa, debía perderle «por causa de indignidad». ¿En que estado de corrupción y de barbarie había sumido á aquel pueblo? La abominable guerra civil, ocasionada por la expulsión del papa, es una acusación contra él. Aquella Provenza, en otro tiempo tan civilizada, aquella tierra adorada del Petrarca, una de las grandes escuelas de la civilización ¿á qué había quedado reducida en manos de los curas?

Desde hacía mucho tiempo Avignon llevaba la guerra en su seno, mucho antes de que estallase. En aquel pueblo de treinta mil almas había dos Avignon, el de los curas y el de los comerciantes. El primero, con sus cien iglesias, su palacio del papa, sus innumerables campana-

rios, la ciudad *carillonnante*, como la llamaba Rabelais. El segundo, con su Ródano, sus obreros en sedería, su tránsito considerable; doble comunicación: de Lyon á Marsella, de Nimes á Turín.

La ciudad comercial, relacionada con el comercio protestante del Languedoc, con Marsella y con el mar, con Italia, Francia y con el mundo entero, recibía de todas partes un gran hálito que no le permitía respirar. Yacía ahogada, asfixiada, moribunda. Isla infortunada en el seno de Francia, como los muertos de Virgilio, miraba á la otra parte, ardiendo de envidia y de deseos.

El mayor tormento que sufrían los pobres franceses de Avignon, era el de ser un país de curas, el tener al clero por señor. Era para ellos una angustia constante el ver aquellos curas cortesanos, inactivos, elegantes, atrevidos, reyes del pueblo y de los salones, cortejantes de las damas hermosas, según la moda italiana, señores en las casas de las mujeres del pueblo que les recibían de rodillas y besaban sus blancas manos. El original de aquellos curas ítalo-franceses del Condado, fué el hermoso abate Maury, hijo de un zapatero, más aristócrata que los grandes señores; Maury, el hablador admirable, el libertino, emprendedor, orgulloso como un duque ó como un par, insolente como un lacayo. El retrato de aquel Frontin es precioso para los artistas, como tipo de desvergüenza y de falsa energía.

En ninguna parte se aprende á odiar tan bien como en las ciudades de los curas. El suplicio de tenerles que obedecer produjo en Avignon un fenómeno nunca visto en tan alto grado: un negro infierno de odio que superaba á todo lo soñado por el Dante. Y, cosa extraña, aquel infierno estaba en los corazones jóvenes. Excepción hecha del notario y de un escribano, todos los directores ó actores principales de la San Barthelemy de Avignon fueron jóvenes hijos de familias de comerciantes. Es raro que se nazca furioso y odiando; aquellos traían en el aliento y en la sangre, en lo más profundo de su corazón, la diabólica herencia de las antiguas enemistades. En el momento en que vieron brotar del seno de Francia aquella divina antorcha de justicia que juzgaba á sus enemigos, creyeron autorizados sus viejos odios por la razón nueva, y prendados violentamente de la deslumbrante luz, se pusieron á odiar más todavía en proporción de su amor.

Fuese el que fuese el partido vencedor, el de los amigos de la libertad ó el de la contrarrevolución, eran seguros horribles atropellos. Unos y otros tenían en el populacho un terrible instrumento, movable y bárbaro, raza mestiza y turbulenta, celta-greco-árabe, con mezcla de italiana. Ninguna tan inquieta y ruidosa como ella. Agréguese á esto una organización de cofradías, de corporaciones, sumamente peligrosa, bandas de marineros, de artesanos, de mozos de cuerda, los hombres más violentos. Y por si esto no fuera suficiente, los rudos viñadores de la montaña, raza cruel y feroz, vendrán á herir en caso necesario.

Elementos verdaderamente indomables que se movían muy fácil-

mente; ¿pero quien era capaz de dirigirlos? Puede encauzarse el Ródano y los torrentes que atraviesan los abruptos valles del Condado; ¿pero quién podrá contener las tormentas repentinas que de pronto, negras y terribles, flotan alrededor del Ventoux? Cuando estallan, rompen, desgarran y arrasan cuanto se opone á su paso.

En un país así predispuesto, todo debía convertirse en furor. El hermoso momento de Junio y Julio del 90, el de las federaciones, fué marcado con sangre en Avignon. La ciudad unida á Francia, pacíficamente y con toda clase de respetos y consideraciones, rogó al legado que se fuese. Creó magistrados, erigió, con el fervor de una fe nueva y conmovedora, su altar á la libertad. Una burla, un insulto, suscitó en el pueblo en un momento una espantosa tempestad. Habiendo ahorcado los papistas, por la noche, un maniquí condecorado con una banda tricolor, pareció que Avignon se conmovía hasta en sus cimientos; sacó de su casa á cuatro papistas, sospechosos de ser los autores de aquel sacrilegio (dos marqueses, un burgués y un obrero) y fueron colgados en sustitución del maniquí, en medio de furiosas carcajadas (11 de Junio de 1790). Los directores revolucionarios, aunque hubieran querido, no hubiesen podido sustraerlos á la venganza del pueblo.

Su situación era verdaderamente difícil entre aquel pueblo ingobernable en su nueva libertad, y Francia, á la que llamaban en vano. Les colocaba en la alternativa de perecer ó de salvarse empleando la violencia. Se arrojaban en sus brazos y les enviaba al crimen ó á los suplicios. Celebrábase la feria de Beaucaire; había acudido á ella todo el Mediodía, atraído por el comercio y la federación. Los libertadores de Avignon fueron á fraternizar con los que llamaban sus conciudadanos á los que habían prestado tan buen servicio en el terrible momento de Nimes. ¡Qué triste desengaño! Encontraron á las autoridades mal dispuestas; al pueblo ocupado en sus negocios, manifestándoles pocas simpatías, prestando oído á las mentiras de la aristocracia. La Asamblea constituyente llevó su indiferencia hacia ellos hasta la barbarie. Halagaba al papa en la gran cuestión del clero, lisonjeaba al rey por sus escrúpulos de conciencia; pero no apreciaban la sangre y la vida de los que venían á sacrificarse por nosotros, de los que hacían donación al reino de la mitad de la Provenza, le devolvían el Ródano y le aseguraban el Mediodía. Entonces se verificaba el primer ensayo de la reacción; la Asamblea daba las gracias á Bouillé por la matanza de Noaney. Aplazó la cuestión de Avignon (28 de Agosto del 90) y con esto dió al partido antifrancés un funesto vigor y esperanzas insolentes. La reacción siguió su curso. El papa escribió con osadía que mandaba anular todo lo que se había hecho en el Condado, que se restablecieran los privilegios de los nobles y del clero y que de nuevo *funcionara la Inquisición* con el mayor rigor. Este documento está fechado el 6 de Octubre del 90, el mismo día en que Luis XVI escribía al rey de España su primera protesta que dirigió después á todos los reyes de Europa.